

siguiente: La guerra en este mundo se reduce, por lo común, *al combate de los brazos*; en el infierno es siempre *un combate de los espíritus*. La guerra en este mundo es, por lo común, *sangrienta*; en la del infierno no hay *sangre*.

Si esto es así, síguese de ello como consecuencia forzosa que los que quieren transformar la guerra de los *brazos* en guerra de los *espíritus*, la ley de la *sangre* en una ley *incruenta*, quieren trocar por la ley que *condena* la ley que *redime*; la ley de la *expiación* por la ley de la *muerte*; la ley de la *misericordia* por la ley de la *justicia*; la ley de la *tierra* por la ley del *infierno*.

Los pueblos antiguos, ya porque estaban más cerca que nosotros del origen del mundo, y por consiguiente de la ciencia revelada ¹, ya por otra causa que no es dado al hombre descubrir, tuvieron una percepción más clara que el tropel de nuestros filósofos de la *virtud expiatoria*, y, por consiguiente, *benéfica* de la sangre. Esa percepción sirve para explicar los sacrificios usados entre todas las gentes y naciones.

Mis argumentos, dictados por la razón, están maravillosamente confirmados por la Historia. Cuando un pueblo manifiesta ese *horror civilizador* por la sangre, luego al punto recibe el castigo de su culpa; Dios muda su sexo, le despoja del signo público de la virilidad, le convierte en pueblo *hembra* y le envía conquistadores para que le quiten la honra. Ejemplo vivo de esta verdad es la China, ese pueblo envilecido á quien pone pavor la idea del movimiento y de la sangre; hoy es lo que ha sido siempre: fábula y escarnio de las naciones. Otro ejemplo no menos insigne nos ofrecen los pueblos asiáticos, dados al santo horror de la guerra y á la pasión de los certámenes sutiles del ingenio, es decir, á la *guerra de los espíritus*; en aquellas vastas regiones los hombres vegetan, la civilización perece, el sol de la humanidad se apaga, la vida se extingue. Cuando Mahometo II entró en Constantinopla, había guerra en la ciudad, pero era guerra de los *espíritus*: los espíritus del

¹ El autor se refiere á la revelación primitiva.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Bajo Imperio contendían sobre si la luz del Tábor era creada ó increada. Cuando Sócrates, bebiendo la cicuta, dejó á Atenas entregada á las disputas interminables de sus bellos ingenios, es decir, de sus sofistas, el reloj de los tiempos sonaba la última hora de la ciudad de Minerva.

Por fortuna, la ley de la guerra y de la sangre no desaparecerá del mundo porque es obra de Dios, y sólo desaparecen las obras de los hombres; pero si pudiera desaparecer, si Dios pudiera poner un oído favorable á nuestras insensatas plegarias, entonces los hombres y los espíritus infernales serían todos unos, la Tierra desaparecería, y no habría más que cielo é infierno, y entre los dos los abismos.

PARÍS, 20 Septiembre.

Mr. Guizot, de quien me propongo hablar á Uds. ahora, es uno de aquellos hombres eminentes nacidos con el encargo de dar impulso á las sociedades humanas ¹. Como historiador, ha dado un nuevo impulso á la Historia; como filósofo, ha contribuido á señalar nuevos rumbos á la Filosofía; como literato, ha dejado una honda huella en los campos de la Literatura; como publicista, ha hecho prevalecer una nueva escuela en la Francia y en la Europa; como orador, ha contribuido poderosamente á dar solemnidad y grandeza á las discusiones del Parlamento; como catedrático, ha derramado con larga mano las semillas del saber por el suelo fecundo de su patria; como Ministro, en fin, es el hombre más notable de la revolución de Julio, si se exceptúa á Casimiro Périet y á Mr. Thiers, famo-

¹ Recuérdense acerca de Guizot los varios y magníficos lugares que consagró Balmes en su *Protestantismo*, etc., á refutar sus errores, y lo que el mismo Donoso dejó escrito de él en su inmortal *Ensayo*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

so aquél por la fuerza indomable de su carácter, y éste por la luz de su clarísimo ingenio ¹.

Mr. Guizot nació en Nimes el 4 de Octubre de 1787, de padres protestantes. En este tiempo, el nublado que llevaba la revolución escondida se iba extendiendo ya á manera de un paño obscuro por el horizonte de Francia. Pocos años después el mundo había visto sus estragos. El padre de Mr. Guizot, abogado de crédito de Nimes, se declaró desde luego por la causa de las reformas y de las nuevas instituciones, contra la de los abusos y la de las instituciones antiguas; pero siendo demasiado honrado ó demasiado prudente para acompañar á la revolución en sus sangrientas bacanales, quiso hacer una estación en medio de la carrera, y la revolución, que ni transige, ni se detiene, ni perdona, le señaló al verdugo con el dedo, y el verdugo le llevó á la guillotina. Este suceso se verificó el 8 de Abril de 1794.

Su madre, queriendo apartar sus ojos de tan sangriento teatro, se refugió poco tiempo después en Ginebra, en donde cuidó con solicitud y con esmero de la educación de su hijo, que rayaba entonces (1799) en la edad de doce años. Ginebra era á la sazón, como es hoy día, una ciudad filosófica, una especie de academia, célebre por su enseñanza y por sus profesores de literatura y de ciencias. Los progresos de Guizot fueron rápidos y brillantes; su educación fué religiosa, recogida y severa, y la dote que más le distinguió entre sus condiscípulos fué una facultad tan grande de atención que maravillaba á todos y aun á sus mismos maestros. Uno de ellos, asombrado de su aptitud portentosa para entregarse á la meditación, acostumbraba á asegurar á su madre que su hijo, andando el tiempo, había de ser uno de los hombres más eminentes de Europa.

¹ Respeto de Thiers, bástenos recordar el siguiente pasaje de Mons. Dupanloup, Obispo de Orleans: "Si hay algún pensamiento dominante en el ánimo de Mr. Thiers, es que en las presentes controversias todo se debe reducir á la necesidad de conservar entre nosotros el espíritu nacional; y de aquí la necesidad también de excluir de las funciones docentes á cuantos no inspiren en nuestra juventud el espíritu de la revolución francesa." (*De la pacification religieuse*, chap. IV.) *Ex ungue Leonem.*—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

En el espacio de cuatro años aprendió la lengua griega, la latina, la inglesa, la alemana y la italiana. En 1803 cursó Filosofía, y en 1805, cuando dió fin á sus estudios escolásticos, se encontró en posesión de vastísimos conocimientos, así en Filosofía y en Historia, como en literatura griega y alemana. En este mismo año, su madre, habiendo vuelto á Nimes, le envió á París para que se dedicara al estudio del Derecho.

En esta época París comenzaba á despertar de aquel pavoroso letargo en que había caído como moribunda y postrada en los tiempos de la tiranía convencional, de infausta y lúgubre memoria; vuelta en sí de su muda postración, aquella ciudad populosa se entregaba en frenesí y con estrépito á todos los placeres y á todas las liviandades, como si temiera que el espectro del terror, evocado nuevamente de su tumba, fuera á romper en sus labios de un instante á otro la copa embalsamada de los deleites de la vida. Con estos hábitos crapulosos se enervaban las almas, se enflaquecían los espíritus y se corrompían las costumbres. Una juventud fastuosa é impertinente, entregada á los vagos ensueños de su brillante fantasía, se imaginaba, ¡tanta era su ceguedad! que iban á tornar los días ya pasados de la gloria y de la grandeza aristocrática. Porque habían sobrevivido á un recio temporal, se imaginaban que la sociedad había ya doblado el cabo de las tormentas.

El carácter grave, religioso y austero del estudiante ginebrino no podía avenirse con estos hábitos estragados de una juventud irreflexiva é indolente. Él no podía mirar en la revolución un hecho aislado y monstruoso, un hecho que no había de producir efectos, porque no había tenido una causa; un hecho sin analogía de ninguna especie con los fenómenos sociales, con los fenómenos humanos. Él estaba, por el contrario, íntimamente persuadido á que el origen del estremecimiento causado por la revolución debía buscarse en la Historia, y á que sus consecuencias habían de desarrollarse lentamente en la prolongación de los siglos.

Con ideas tan filosóficas y reposadas acerca de las revolu-

ciones políticas, no es extraño que, obedeciendo al impulso de una repugnancia invencible, se apartase, como se apartó, de toda comunicación y trato con la juventud francesa de aquella época liviana y transitoria. Poseído de tedio, dirigió su vista alrededor de sí por si encontraba algún hombre eminente con quien conversar sobre ciencias y letras humanas, y de cuyo trato sacase á un tiempo mismo deleite y provecho. Deparóle la suerte á Mr. Stopher, Ministro de Suiza en Francia, hombre de escogida y vasta erudición y dado á graves meditaciones; con sus consejos y su ayuda reformó todos sus primeros estudios, teniendo á la sazón veinte años. Retirado del tumulto y en el seno de la amistad, cuando no conversaba con su amigo, se familiarizaba con Demóstenes, con Tucídides, con Tácito, penetraba en los misterios de la Teología, estudiaba á la humanidad en la Historia y entraba con paso firme en el laberinto intrincado de la filosofía alemana.

En esta época fué presentado á Mr. Suard, á cuya casa concurrían los más esclarecidos ingenios; brillaba entre todos con un brillo puro, modesto y apacible el de la señorita Paulina de Meulan, redactora á la sazón de un periódico intitulado *El Publicista*. Como esta señorita fuese acometida de una enfermedad larga y penosa, que la impidió por mucho tiempo satisfacer sus empeños literarios, se encontró un día con una carta anónima en que una persona que se llamaba su amigo la ofrecía tímidamente su pluma por todo el tiempo en que estuviese imposibilitada de escribir á causa de sus dolencias; no hizo caso al principio de este ofrecimiento románticamente generoso; pero, instada una y otra vez, hubo de ceder al cabo. ¿Cuál sería su asombro al leer en *El Publicista* los artículos del desconocido caballero, y al observar que había sabido imitar su estilo con una perfección acabada? Picada su curiosidad en lo más vivo, emplazó en el mismo periódico públicamente al afortunado escritor para que declarara sus títulos y su nombre: su nombre era Guizot; en cuanto á sus títulos, no los había ganado todavía. Desde esta época, sus vínculos de amistad

se trocaron en vínculos de amor; los amigos se tornaron amantes, y los amantes se convirtieron en esposos.

¡Cosa singular! La primera página de la vida pública del filósofo más reservado y austero, parece, más bien que la página de su historia, la página de una novela.

Desde esta época, Mr. Guizot comenzó la larga serie de sus publicaciones filosóficas, históricas y literarias. En 1809 publicó su *Nuevo Diccionario universal de los sinónimos de la lengua francesa*, precedido de una introducción filosófica que por los más entendidos filólogos fué calificada de excelente. En el mismo año publicó el prefacio del primer volumen de *La vida de los poetas franceses del siglo de Luis XIV*. Desde 1811 á 1815 publicó la obra en seis volúmenes intitulada *Anales de la educación*. Al mismo tiempo escribió como redactor en los periódicos que se intitulaban *El Publicista*, *Los Archivos Literarios*, *El Diario del Imperio* y *El Mercurio*. En 1812, célebre ya por sus escritos, fué nombrado profesor de Historia moderna á instancias y por influjo de Mr. de Fontanes, para cuya gloria bastará decir que fué el que alentó y dirigió en sus estudios á Mr. de Chateaubriand. Mr. Royerd-Collard desempeñaba á la sazón, con grande y merecido aplauso, la cátedra de Filosofía, y desde entonces los dos filósofos enderezaron sus pasos por un mismo camino. Advertido Mr. Guizot por Mr. de Fontanes que en el discurso de apertura debía consagrar algunos renglones al elogio del Emperador para conformarse con la costumbre universalmente establecida, se negó absolutamente á ello, rasgó á la verdad de noble y elevada independencia.

Hasta 1814 Mr. Guizot estuvo dedicado exclusivamente á la enseñanza de la Historia en la cátedra, y á la propagación de las buenas doctrinas literarias en la prensa. Desde 1814 en adelante, el hombre político comienza á reemplazar al filósofo y al literato. Siendo el abate Montesquieu Ministro de lo Interior en esta época, y queriendo dar al partido liberal una fianza de la lealtad de sus intenciones, llamó cerca de sí, en cali-

dad de secretario general de su ministerio, á Mr. Guizot, conocido ya en el mundo político como campeón de las ideas liberales. En este destino, Mr. Guizot luchó á brazo partido, pero á la callada, contra el partido poderoso de la contrarrevolución, que á la sazón iba prevaleciendo en los consejos del Monarca.

Llegados los Cien Días, se retiró de los negocios y volvió á profesar Historia por algún tiempo, hasta que determinó pasar á Gante, en donde Luis XVIII aguardaba la ocasión de entrar en Francia para volver á ocupar el Trono de sus mayores. Llegado á Gante, en vez de escribir en *El Monitor*, como han supuesto sus detractores, acometió la empresa de desalojar al partido ultra-realista de los oídos del rey, inclinando su ánimo á un sistema de libertad y de reformas progresivas y prudentes. Firme en este propósito, no vaciló un momento en aconsejar á Luis XVIII que separase de su lado á Mr. de Blacas, que era el símbolo más perfecto y la personificación más acabada de la Monarquía pura, y que pusiera al frente de los negocios al Príncipe de Tayllerand, hombre de ingenio tan agudo y de carácter tan flexible que supo siempre acomodarse con soltura y con gracia á las mudanzas exigidas por las vicisitudes de los tiempos y por los trastornos de las revoluciones¹. Fruto sazonado de estos consejos fueron en parte el Manifiesto liberal de Cambray, y las medidas que entonces se tomaron para tener á raya al partido de la contrarrevolución, que ardía en sed de reacciones y venganzas.

Cuando Luis XVIII volvió á Francia, Mr. Guizot fué nombrado secretario general del Ministerio de la Justicia, de cuyo destino se retiró poco después con Mr. Barbé-Marbois, el cual no encontró gracia ante la Cámara, que sus contemporáneos y la posteridad han llamado *introuvable*.

¹ Acomodóse, en efecto, á ellas "como hombre sin probidad y sin conciencia, en quien el vicio, según la expresión de Chateaubriand, estaba apoyado en el crimen." (L'ABBÉ MAYNARD, en su opúsculo *Monseigneur Dupanloup et Mr. Lagrange, son historien*, página 18.— Véase todo lo que aquél dice en dicho opúsculo, II, pág. 15 y siguientes.)—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Entonces comenzó sus publicaciones políticas. En 1816 publicó un folleto *Sobre el Gobierno representativo y el estado de la Francia*, en respuesta á otro que había publicado Mr. de Vitrolles en sentido contrarrevolucionario. En este mismo año publicó su *Ensayo sobre la historia y el estado actual de la instrucción pública en Francia*, el cual fué dirigido contra la influencia que el clero reclamaba, y en parte ejercía, en la educación de la juventud francesa.

Ligado en esta época por un interés de oposición liberal con los Sres. Royer-Collard, Camilo Jordán, De Serre y Pasquier, formaban todos juntos el partido que desde entonces comenzó á llamarse el partido doctrinario. Todas las leyes liberales de la Restauración son la obra casi exclusiva de este partido ó de esta escuela, en la cual Mr. Guizot ocupaba, no sólo por la luz de su ingenio, sino también por su actividad y por su perseverancia, un lugar eminente.

El asesinato del duque de Berry, acaecido el 13 de Febrero de 1820, dió la victoria sobre el partido liberal al partido contrarrevolucionario. En consecuencia de esta reacción, fueron destituidos de sus destinos de consejeros de Estado Camilo Jordán, Royer-Collard, De Barante y otros. Mr. Guizot, que á la sazón era también Consejero, se retiró con sus amigos, y tomó la pluma para combatir sin treguas y sin reposo á la fracción vencedora.

Con este objeto publicó un folleto intitulado *Del gobierno de la Francia desde la Restauración y del Ministerio actual*; poco después publicó otro *Sobre las conspiraciones y sobre la justicia pública*, consagrado á entregar á la pública execración á los Ministros que fingían conspiraciones para beneficiarlas en provecho propio y con perjuicio del Estado. No mucho más tarde dió á luz otra obra *Sobre los medios de gobierno y de oposición en el estado actual de Francia*, en la cual, al propio tiempo que señalaba á la oposición la senda que había de seguir, desenvolvía por primera vez su sistema, ecléctico en Política como en Filosofía y en Literatura. En 1822 dió á luz

otro opúsculo *Sobre la pena de muerte en materias políticas*, el cual le hizo adelantar mucho terreno en el ánimo de la comunión liberal.

El Ministerio no podía mostrarse indiferente á ataques tan constantes y enconados; así fué que le borró de la lista de los profesores cuando estaba desarrollando en su cátedra la "Historia del Gobierno representativo en Europa desde la caída del Imperio romano,".

Privado á un mismo tiempo de la cátedra y de la tribuna, se entregó con un ardor incansable á los más graves estudios y á las más arduas investigaciones históricas. En 1823 comenzó á publicar su gran colección, compuesta de 26 volúmenes, de *Memorias relativas á la historia de la revolución de Inglaterra*. Después dió á luz la historia de esta misma revolución desde la ascensión de Carlos I hasta la restauración de Carlos II, de la cual no ha publicado sino los dos primeros volúmenes de la primera parte. La *Colección de las Memorias relativas á la historia de Francia desde la fundación de la Monarquía francesa hasta el siglo XIII*, en 31 volúmenes; las *Observaciones sobre la historia de Francia de Mably*, y sus lecciones sobre la "Historia de la civilización en Francia y en Europa," constituyen lo que con razón puede llamarse su biblioteca histórica, obra portentosa de erudición y de ingenio.

Esto en cuanto á sus trabajos históricos; en cuanto á sus trabajos literarios, dió á luz la traducción completa de las obras de Shakspeare, acompañada de ensayos históricos, y de un prefacio en que procuró desenvolver sus teorías literarias, eclécticas y conciliadoras como sus teorías políticas y sociales.

En 1826 tomó á su cargo la dirección de *La Enciclopedia progresiva*; en 1828 fundó la *Revista francesa*, redactada por los ingenios más esclarecidos y por los hombres más ilustres. Al propio tiempo contribuyó á la redacción del *Globo*, periódico redactado por los jóvenes de más grandes esperanzas, como de Rémusat, Duchâtel, Duvergier de Hauranne, Dubois, Dejean, Montalivet y otros de menos nombradía.

En 1827 entró en la sociedad conocida por el mote de *Ayúdate, Dios te ayudará*, formada con el objeto de mantener, contra los manejos del Poder, la independencia de las elecciones.

En 1828, durante el Ministerio Martignac, volvió á ocupar su cátedra en la Sorbona, habiendo cabido la misma suerte á los Sres. Villemain y Cousin. En Marzo de 1829 volvió al Consejo de Estado; pero en Agosto subió Polignac al Poder, y Mr. Guizot, conociendo que la Monarquía iba á jugar su último juego, no vaciló un instante y militó en el campo de los que iban á dar el último golpe á la desamparada Monarquía.

Habiéndose presentado como candidato en las elecciones de Enero de 1830, fué elegido diputado. Al mismo tiempo que él entró en la Cámara Mr. Berryer, como si la Monarquía y la Revolución, conociendo que iban á reñir su último combate, se hubieran puesto de acuerdo para confiar su suerte á los bríos de sus dos más grandes campeones.

La oposición de Mr. Guizot fué desde luego declarada y sangrienta; él contribuyó, tanto como el que más, á hacer prevalecer la famosa contestación al discurso del Trono de los 221. Su nombre fué uno de los primeros que figuraron en la asociación de diputados creada para rehusar el pago de las contribuciones no votadas por la Cámara; y cuando, de vuelta á París de su colegio electoral el 26 de Julio, se publicaron los célebres decretos que fueron la señal de la revolución, él fué el que redactó la primera protesta que se hizo, y el más infatigable en asistir á las reuniones políticas en donde se decretaba la destrucción de aquella Monarquía tan antigua como la Francia y tan gloriosa como ella.

La vida pública de Mr. Guizot desde la revolución de Julio, es conocida de todos. Por esta razón, contentándome con estos ligeros y descarnados apuntes, que bastan para que mis lectores se formen una idea del personaje que me he propuesto estudiar, en mi carta próxima comenzaré el análisis de su sistema filosófico, político y literario.